

Lo evocamos ahora, en la celebración del centenario de su nacimiento. Lo evocamos como a algo más que a un poeta americano enamorado de lo nuestro. Porque el «Cisne de Nicaragua» fue, para nosotros, algo más que un cantor excepcional que sacara al diamante del idioma irisaciones irrepetibles. Fue también—y de aquí nuestro reconocimiento—algo que América nos devolvía después de cuatro siglos. La cultura que España había sembrado a través de los siglos en el Nuevo Continente tornaba a la península hecha música, entraña y ritmo, el año 1892, cuando Rubén pisó por vez primera tierra española. Nos devolvía América, con él, a los Gracianes, Teresas y Góngoras que nosotros le habíamos dado. Y el momento no pudo ser más propicio. España, de Norte a Sur, vibra emocionada en el IV Centenario del Descubrimiento. En *La Rábida*, a la orilla del agua sofocada, los pinos cascabelean y las palmeras parecen apresar, con sus manos nerviosas, el latido de un aire descubridor. Las olas llevan y traen no sabemos qué altos mensajes cuando de los nortes llegó el regalo que América nos hacía. Rubén, que ya había estado en El Salvador, en Chile, en Costa Rica, en Guatemala; que ya tenía una breve pero plural historia celeste de amor y de gloria, no se da cuenta todavía, al pisar «la cuna de la sangre», de que viene en viaje de retorno cultural. Un viaje de retorno que cuatro siglos de apretada historia hispánica clamaban y exigían.

Su segundo encuentro con España, en 1898, es ya más familiar, como más entrañable y entrañado. En Madrid está viva la generación de intelectuales que tomaría la nominación de este año de grandes males irreparables. España parecía compensar la mutilación atroz de sus colonias con estos hombres, llamados a darle muchos días de gloria intelectual: una larga y apretada lista que brota en esta hora de España, llena de cicatrices. Rubén Darío, sin proponérselo acaso, comienza a influir en la alta y fina sensibilidad de la mayoría de ellos. Sus palabras musicales, escogidas, consiguen ecos fervorosos en los diálogos dramáticos de Jacinto Benavente, en la prosa—pomo de lengua— de las *Sonatas* valleinclinascas, en los puros versos susurrados de Juan Ramón Jiménez o de Antonio Machado. Todo aquello se iba a llamar el modernismo, como contagio o continuación de un movimiento más general que había tenido un origen religioso en el centro de Europa. Aquel movimiento fue propagándose y ganando adeptos por todos los resquicios del arte y de la vida. Hay versos y prosas modernistas, pero también hay un estado del alma modernista—sentimiento, gusto, idea—, del que Rubén será ya para siempre cabeza visible, guión y estrella máxima.

Francia, Italia, España de nuevo..., Bélgica, Alemania, Inglaterra. Y otra vez Madrid. Ya siempre España, en mitad de todas sus rutas, en el centro mismo del corazón de su canto. Don Quijote, Goya, Cervantes y el Cid le inspiran hermosos poemas. Y un día escribe, como resumen de su hispánico fervor, la admirable «Salutación del optimista», en donde cada verso es como una gota de sangre enamorada y un grito insólito en el pesimista clima intelectual español:

*Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
espiritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!,
porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos himnos
lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos: mágicas
ondas de vida van renaciendo de pronto;
retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte,
se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña,
y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron
encontramos de súbito, talismánica, pura, riente,
cual pudiera decirla en sus versos Virgilio divino,
la divina reina de luz, ¡la celeste esperanza!*

*Pálidas indolencias, desconfianzas fatales que a tumba
o a perpetuo presidio condenasteis el noble entusiasmo,
ya veréis el salir del sol en un triunfo de lira,
mientras dos continentes, abonados de huesos gloriosos,
del Hércules antiguo la gran sombra soberbia evocando
digan al orbe: la alta virtud resucita
que a la hispana progenie hizo dueña de siglos.*

*Abominad la boca que predice desgracias eternas,
abominad los ojos que ven sólo zodiacos funestos,
abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres
o que la tea empuñan o la daga suicida.
Siéntense sordos ímpetus en las entrañas del mundo,
la inminencia de algo fatal hoy conmueve la tierra;
fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,
y algo se inicia como vasto social cataclismo
sobre la faz del orbe. ¿Quién dirá que las savias dormidas
no despierten entonces en el tronco del roble gigante
bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana?
¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue músculos
y que al alma española juzgase áptera y ciega y tullida?
No es Babilonia ni Nínive enterrada en olvido y en polvo,
ni entre momias y piedras, reina que habita el sepulcro,
la nación generosa, coronada de orgullo inmarchito,
que hacia el lado del alba fija las miradas ansiosas,
ni la que, tras los mares en que yace sepulta la Atlántida,
tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes.
Unanse, brillen, secúndense, tantos vigores dispersos;
formen todos un solo haz de energía ecuménica.*

*Sangre de Hispania fecunda, sólidas, inclitas razas,
muestren los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo.
Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente
que regará lenguas de fuego en esa epifanía.
Juntas las testas ancianas ceñidas de líricos lauros
y las cabezas jóvenes que la alta Minerva decora,
así los manes heroicos de los primitivos abuelos,
de los egregios padres que abrieron el surco pristino,
sientan los soplos agrarios de primaverales retornos
y el rumor de espigas que inició la labor triptolémica.*

*Un continente y otro renovando las viejas prosapias,
en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,
ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos himnos.
La latina stirpe verá la gran alba futura:
en un trueno de música gloriosa, millones de labios
saludarán la espléndida luz que vendrá del Oriente,
Oriente augusto, en donde todo lo cambia y renueva
la eternidad de Dios, la actividad infinita.
Y así sea esperanza la visión permanente en nosotros,
¡inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!*

«Todas las formas helénicas y latinas pasadas por la aduana de Versalles» —es frase de José María Pemán en un estudio sobre la creación y la métrica de la «Salutación»— le sirvieron a Rubén de raíl propicio para el gran canto a España. Su musa decadente y parnasiana se torna súbitamente civil y patriótica. El mármol se hace bronce. Y es que Rubén tenía, desde muy joven, guardada la alta nota bélica para ocasión propicia, y así, cuando en Chile, a los veinte años, se presenta a un certamen poético con un poema lírico y otro épico, es con este último con el que triunfa su juvenil empeño. El poema se titulaba: «Canto épico a las glorias de Chile». La oda «A Roosevelt», sus versos «Al rey Oscar», su «Cyrano en España», son poemas que están también en esta línea de poesía entera, en la que la «Salutación del optimista» ocupa un lugar señero y definitivo. Las levedades de sus *Prosas profanas*, las Eulalias y las Margaritas de sus versos versallescós y galantes, se truecan en los hexámetros fascinantes, con fondo de Virgilio, de la «Salutación», en los que la idea, el pensamiento, tiene su molde apropiado, ancho, clásico, romano, exuberante. «La seguridad olímpica» de la «Salutación» encuentra en los hexámetros el aliento estrófico preciso. El bloque psicológico encaja, armoniosamente, en el bloque expresivo, y la pasión hispánica tiene, en el amor por la palabra escogida, su lugar ético-estético mejor.

El milagro, ya lo vemos, se ha producido en España, al contacto con la cuna de la raza. Paisajes y figuras van pasando por sus ojos,

que ya sólo aciertan a retener lo español eterno. El poeta se ha encontrado a sí mismo y vive su hora máxima, su momento estelar. Siente su antigüedad junto al Mediterráneo—por el olivo y la vela latina—, y en Valldemosa oye el expresivo silencio cartujo que, al colarse en su canto, le hace hablar a Dios estremecedoramente contrito:

*Darme otros ojos, no estos ojos vivos,
que gozan en mirar, como los ojos
de los sátiros locos medio chivos,
redondeces de nieve y labios rojos.*

*Darme otra boca en que queden impresos
los ardientes carbones del asceta,
y no esta boca, en que vinos y besos
aumentan gulas de hombre y de poeta.*

*Darme unas manos de disciplinante
que me dejen el lomo ensangrentado,
y no estas manos lúbricas de amante,
que acarician las pomas del pecado.*

*Darme una sangre que me deje llenas
las venas de quietud y en paz los sesos,
y no esta sangre, que hace arder las venas,
vibrar los nervios y crujir los huesos.*

Nadie mejor que el propio Darío ha explicado el fenómeno de esta crisis espiritual. El había escrito: «Me he llenado de congoja cuando he examinado el fondo de mis creencias, y no he encontrado suficientemente maciza y fundamentada mi fe, cuando el conflicto de mis ideas me ha hecho vacilar, y me he sentido sin un constante y seguro apoyo.» Pero tras su experiencia de España, y hablando de su libro *Cantos de vida y esperanza*, escribirá años más tarde:

El mérito principal de mi obra, si alguno tiene, es el de una gran sinceridad, el de haber puesto mi corazón al desnudo, el de haber abierto de par en par las puertas y ventanas de mi castillo interior para enseñar a mis hermanos el habitáculo de mis más íntimas ideas y de mis más caros ensueños. He sabido lo que son las crueldades y locuras de los hombres. He sido traicionado, pagado con ingratitudes, calumniado, desconocido en mis mejores intenciones por prójimos mal inspirados; atacado, vilipendiado. Y he sonreído con tristeza. Después de todo, todo es nada. Si es cierto que «el busto sobrevive a la ciudad», no es menos cierto que, en lo infinito del tiempo y del espacio, el busto, como la ciudad y, ¡ay!, el planeta mismo, habrán de desaparecer ante la mirada de la única eternidad.

Todos los prejuicios de escuela, todos los preciosismos, todos los caprichos prestados del siglo XVIII, las porcelanas de imitación y la jardinería oriental desaparecen ante la voz del poeta-hombre. «He aquí—dice—una historia llena de tristezas y de desilusión, a pesar de las primaverales sonrisas: la lucha por la existencia, desde el comienzo, sin apoyo familiar, ni ayuda de mano amiga; la sagrada y terrible fiebre de la lira; el culto del entusiasmo y de la sinceridad contra las añagazas y traiciones del mundo, del demonio y de la carne...; la simiente del catolicismo contrapuesta a un tempestuoso instinto pagano.»

Con *Cantos de vida y esperanza* se cumple el ciclo literario y humano del poeta. Los *Cantos de vida y esperanza* le muestran ya, muy a la española, nostálgico de gloria, cristiano y español hasta la médula. La experiencia le ha convencido. Estos *Cantos* son la plenitud de su corazón; son España y él fundidos en un abrazo lírico. Aquella España que buscara de niño, instintivamente, en los libros de Lope de Vega, de Cervantes, de Gracián, de Fray Luis, de Teresa... Una España que le duele ya en el costado mismo de su destino de poeta. La curva simbolista—Rostand, Baudelaire, Mallarmé, Verlaine—no le afecta más que en lo externo. En el fondo, la hispanidad vibra hecha huracán lírico, y se alza, en cada sílaba, para gloria de su verbo encendido. Y es ahora cuando comprende del todo a la América española, porque Rubén Darío—ya lo dijo Rodó—no había visto, no había sabido ver la pampa, ni el trópico, ni la cordillera andina. Y aquí, en la vieja tierra hispana, trocó fervor y desvelo por profundidad y trascendencia, y, a cambio de corazón y fiebre lírica, recibió idioma, sentido genésico originario de lo racial.

Y aún hay, en este trueque de amor, algo más que marcará al poeta para la eternidad: Rubén le devolvió a España cuatro siglos de cultura española, pero España, en este reencuentro anhelante, le hizo el regalo de Dios.

GINÉS DE ALBAREDA
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Serrano, 117
MADRID